

to conmovedor recordó la época en que se había visto solo en medio de una Asamblea hostil y los consuelos que le había proporcionado el sentimiento religioso.

Luego, dirigiendo á la Gironda y á las pretensiones filosóficas de



«Vete, no pienses en que lloro, sálvanos salva' la Francia» (Pág. 53)

sus adversarios un golpe muy diestro, elevándolos para luego derribarlos, reconociendo el *patriotismo y la gloria* del joven Guadet (todavía desconocido) añadió: «Sin duda *todos los que están por encima del pueblo* renunciarían de buena gana por aquella ventaja á toda idea de la divinidad; pero no es injuriar al pueblo ni á las sociedades á las que se dirige esta moción, hablarles de la protección de Dios que, según mi

creencia, sirve tan felizmente á la Revolución.» De este modo hacía un



COLLOT D'HERBOIS

hábil llamamiento á la envidia; con todos los recursos de su talento de académico trabajaba por atraerse al pueblo, y colocando pérfidamente

á sus enemigos por encima del pueblo rompía sobre su cabeza el nivel de la igualdad.

Aquella hipocresía visible, aquella delación sin prueba, aquella abrumadora personalidad, aquel interminable *yo* que se encontraba siempre en sus palabras de plomo, eran suficientes para enfriar á la larga á los más ardientes amigos de Robespierre. Y no era solo el efecto laborioso de aquella mandíbula pesada que mascaba y volvía á mascar siempre la misma cosa; era también un no se qué falso y discordante que rechinaba de vez en cuando á pesar de todo esmero, de todo pulimento, de todo esfuerzo académico. Unicamente había un pequeño núcleo, una pequenísima iglesia formada por los menos listos de los Jacobinos, que no quería ver ni oír. Los demás se encogían de hombros. Es cosa de leer en uno de los periódicos más favorables á Robespierre, *Las Revoluciones de París*, la severa aunque respetuosa crítica que se le dirige sin vacilación alguna... «¡Como! le dice el articulista (entre otras atinadas observaciones): nos decís que tenéis en vuestras manos los hilos de una gran conspiración, que se trata nada menos que de una guerra civil, y nos habláis siempre de vos, de las mezquinas provocaciones de vuestros enemigos! Los patriotas que os estiman, que os amarían si no fuese barrera vuestro orgullo entre vos y ellos, no pueden menos de exclamar: «¡Qué lástima que ese hombre no tenga aquella antigua hombría de bien compañera ordinaria del genio y de las virtudes!» (Número CXLVII, Abril 92).

El periodista toca en este pasaje un punto acertado, verdadero, profundo. Y semejante rasgo no es tan peculiar del carácter de Robespierre que no pueda aplicarse también en grados diferentes á otros muchos personajes de la época. Con menos genio que otros muchos, menos corazón y bondad, representa Robespierre la continuación, la persistencia de la Revolución, la perseverancia apasionada de los Jacobinos. Si fué la personificación más saliente de la sociedad jacobina, es menos por el brillo de su talento que por la media, completa y equilibrada de las cualidades y defectos comunes á la sociedad, y aun á gran parte de los hombres políticos de aquella época que no fueron Jacobinos.

Para decirlo de una vez, aunque con alguna dureza y á reserva de subir ó bajar el nivel segun los individuos, el fondo es que carecían de dos cosas: por arriba la *ciencia* y la *filosofía*; por abajo el *instinto* popular. La filosofía que siempre estaban invocando y el pueblo de quien hablaban á todas horas les eran completamente extraños. Vivían en cierto medio inferior á la primera y superior al segundo. Este medio era la elocuencia y la retórica, la estrategia revolucionaria, la táctica de las asambleas. Y no hay nada que aleje más de la alta vida de luz que brilla en la filosofía y de la fecunda y calurosa vida que radica en el instinto del pueblo.

El gran río del siglo diez y ocho que corre caudaloso por Voltaire y Diderot, por Montesquieu y Buffon, se detiene en cierto modo, se fija en

varios de sus resultados, se cristaliza en Rousseau. Esta fijación de Rousseau es un auxilio y un obstáculo. Sus discípulos no reciben ya, permítaseme la frase, la materia fluida y fecunda; puede decirse que la toman de él en cristales, bajo formas ya determinadas, inflexibles, rebeldes á las modificaciones. Fuera de esas formas, lo mismo arriba que abajo de ellas, ni conocen ni pueden nada.

Un signo que les condena, admitiendo el último resultado del siglo diez y ocho, es haber rechazado la gran tradición que produjo aquel resultado, no haber visto entre otras cosas que Voltaire no es sólo opuesto á Rousseau, sino que es su correspondiente simétrico, natural y necesario, y que sin esas dos voces que alternan y se responden, no hubiese habido coro. Pobres músicos, ignorantes de la armonía, que creen afinar la lira no conservando más que una sola cuerda. La unidad de tono, la *monotonía* en su sentido propio, esa cosa antiliteraria, antifilosófica, adecuada para esterilizar el espíritu, fué no obstante, hay que confesarlo, un excelente elemento político para Robespierre. Hizo sonar siempre la misma cuerda, hirió en el mismo sitio. Teniendo que habérselas con un público conmovido de antemano, ávido, infatigable y que no se cansaba de nada, su monotonía le dió mucha fuerza. La empleó en todo, no sólo en la oratoria, sino también en la vida, en el aspecto, en el traje; de modo, que en aquel hombre idéntico, en aquel invariable vestido, en aquel peinado siempre igual, en aquel proverbial chaleco, se leyeron siempre las mismas ideas, se encontró la misma fórmula, ó más bien toda su persona apareció como una fórmula que andaba y que hablaba.

Fué un momento solemne, digno de la atención de los pensadores, aquel en que, por boca de Brissot, la filosofía del siglo diez y ocho pidió cuenta á aquella fórmula escondida bajo un nombre, á aquel falso Rousseau, del vigoroso espíritu que había formado aquel siglo y aquella Revolución, y á Rousseau con sus imitadores. El último filósofo era Condorcet; su nombre fué la ocasión, el asidero por donde Brissot agarró á Robespierre, lo atacó, lo zarandó. Tomémoslo un poco más arriba y veamos con qué oportunidad fué traído Condorcet á aquel hábil discurso de manera que cayese sobre el flaco Jacobino con todo el peso del gran siglo, con el peso de la ciencia y de la tradición, con el peso de la humanidad.

Después de haberse burlado del peligro de un Lafayette *protector* á lo Cromwell: «Moriré, dice Brissot, combatiendo los protectores y los *tribunos*. Los tribunos son los más peligrosos. Son hombres que adulan al pueblo para subyugarle y que hacen sospechosa la virtud porque no quiere envilecerse. Acordaos de lo que eran Aristides y Phocion; no asaltaban á todas horas la tribuna, sino que estaban siempre en su puesto. No desdeñaban ningun empleo (*Robespierre rehusaba el de acusador público*) cuando era conferido por el pueblo. Hablaban poco, hacían mucho; no halagaban al pueblo: le amaban. Denunciaban, pero

con pruebas. Eran justos y filósofos. Phocion, fué sin embargo, víctima de un adulator del pueblo... ¡Ah! esto me recuerda la horrible calumnia levantada contra Mr. de Condorcet. Justamente en el momento en que aquel respetable patriota, luchando con la enfermedad se entrega á improbables trabajos, en que termina el plan de instrucción pública, enseña á las potencias extranjeras á respetar al pueblo libre, y se consume en cálculos infinitos para arreglar la hacienda del imperio, entonces es cuando calumnias á ese grande hombre! ¿Quién sois vos para tener ese derecho? ¿qué habeis hecho? ¿dónde están vuestros trabajos? ¿dónde vuestros escritos? ¿Podéis citar como él treinta años de asaltos realizados con nuestros ilustres filósofos al trono y á la superstición? ¡Ah! si su genio abrasador no les hubiese revelado el misterio de la libertad que hizo su grandeza, ¿crééis que la tribuna resonaría hoy con vuestros discursos sobre la libertad? Ellos son vuestros maestros, y en tanto que sirven al pueblo, vos los calumniáis!... La filosofía es el monumento más firme de nuestra Revolución. Todo lo que ha desaparecido no estaba fundado sobre la filosofía. El filósofo es patriota. Se le acusa de ser frío, hasta enemigo del pueblo porque trabaja en silencio para él... Tened cuidado, vos mismos seguís los impulsos de la corte. ¿Qué quiere esta? Hacer retrogradar las luces del pueblo. ¿Qué quieren los filósofos? Que el pueblo se ilustre, que pueda prescindir igualmente de protector y de tribuno.»

A este formidable ataque añadió otro Guadet todavía más directo intimando á Robespierre que descubriese al fin aquel plan de guerra civil, de conspiración, de que hablaba sin parar. Robespierre, visiblemente herido en el punto vulnerable, la delación sin prueba, iba á embrollarse en un tejido de coincidencias que no podían probar otra cosa más que su debilidad y su derrota, cuando Bazire le prestó el servicio de impedirle que hablase; acudió con oportunidad en su ayuda, convenciéndole de que reservase su respuesta para los diarios. La Gironda insistía exigiendo que se explicase, pero él salió del paso por una triste retirada; dijo que por el momento sólo quería descubrir las maniobras que tendían á convertir la Sociedad de los Jacobinos en instrumento de intrigas y de ambición: «*A esto llamo yo un plan de guerra civil.*» Los amigos de Robespierre, aterrados al ver que no encontraban otra respuesta, se salieron en masa á fin de que tuviese que levantarse la sesión por falta de número. Uno de los hombres de Robespierre, Simon, para cubrir la retirada, se puso á gritar algunas palabras sobre los acontecimientos de Alsacia, atribuyendo la culpa á los Girondinos, y dando así en la fuga dos ó tres buenas dentelladas á aquella jauría encarnizada. Con justicia acusaba Brissot á Robespierre de ser hostil á la filosofía. Mucho mejor se acusó y se convenció á sí mismo Robespierre de ignorar el instinto del pueblo. Era completamente *belletriste* (perdonésemé esta palabra alemana), todo en él era cultura, todo arte, á cien leguas de la naturaleza, del instinto y de la inspiración. La hombría de bien, como

dice con mucha exactitud el periodista antes citado un no se qué sencillo y profundo que hace comprender lo que son las masas, eso le faltaba en absoluto.

Las picas dadas á todo el pueblo, *la igualdad en el armamento*, el gorro de lana colorado del aldeano de Francia adoptado por todos como *igualdad en el traje*, estas dos cosas eminentemente revolucionarias, tan ávidamente cogidas por el pueblo, fueron rechazadas por Robespierre y poco agradables á los Jacobinos. Luego, por la fuerza de los hechos les fué preciso transigir ante la unanimidad del pueblo.

La misma oposición en el grave asunto de la declaración de guerra. Puede decirse que en esta cuestión (Marzo-Abril del 92) Robespierre estaba á un lado y toda la Francia en el opuesto. ¿En qué sentido? En el buen sentido. El tiempo ha juzgado, la luz se ha hecho: Francia es quien tenía razón.

El 26 de Marzo del 92 se dió á los Jacobinos la siguiente nota:

«Examinando los registros de los departamentos, se halla que hay ya inscritos más de SEISCIENTOS MIL ciudadanos para marchar contra el enemigo.»

En París, en el Jura y en otras partes, declaraban las mujeres que podían partir los hombres, que ellas se armarían con picas y que bastaría con ellas para el servicio en el interior. Habían sentido tan vivamente los beneficios que á sus familias y á sus hijos les había proporcionado la Revolución, que á cambio de los mayores sacrificios ardían en deseos de defenderla. En aquel momento y en todo el año sagrado del 92, hubo escenas verdaderamente admirables y heroicas en el seno de muchas familias. Al marchar un hermano, todos los restantes de corta edad querían marchar también, jurando que ya eran hombres. Los jóvenes ordenaban á sus amantes que cogieran las armas, aplazando la boda para el día de la victoria. La mujer casada, derramando lágrimas, con los pequeñuelos en los brazos, despedía á su esposo diciendo: «Vete, no pienses en que lloro; sálvanos, salva la Francia, la libertad, el porvenir y los hijos de tus hijos.»

¡Guerra sublime! ¡guerra pacífica, para fundar la paz eterna! Guerra llena de fe y de amor, inspirada en este pensamiento tan conmovedor y tan verdadero entonces: ¡Que el mundo en aquel momento tenía el mismo corazón y quería la misma cosa; que se trataba de derribar con el hierro en la mano las barreras de tiranía que nos separan bárbaramente; que destruídas estas barreras ya no habría enemigos, y que los que nosotros teníamos como enemigos vendrían á arrojarse en nuestros brazos!

Lo hermoso de aquel momento es que el alma de Francia toda entera estaba abrasada por la fe, que volvió la espalda á los razonamientos, á los pequeños cálculos, que dejó á los discutidores como Robespierre, Lafayette y otros que se arrastrasen entre la lógica y la prosa, averiguando con inquietud qué era lo posible y lo razonable.

Sí, la guerra era absurda en aquellas circunstancias. Para hacerla, se necesitaba una fe inmensa, creer en la fuerza contagiosa del principio proclamado por Francia, en la victoria infalible de la equidad; creer también que, en la inmensidad del movimiento en que se precipitaba toda la nación, todos los obstáculos interiores, las pequeñas rencillas, los intentos de traición, se encontrarían neutralizados, y que no habría corazón humano por duro y pérfido que fuese, que no se ablandara ante aquel espectáculo único del encuentro de los pueblos, corriendo á buscarse como hermanos y llorando de emoción al darse el primer abrazo.

¡Oh, el gran corazón de Francia el 92! ¡Cuándo volverá otra vez! ¡Qué ternura para el mundo, qué dicha al libertarle, qué ardor en el sacrificio y cuán poco se tenían en cuenta en aquel momento todos los bienes de la tierra!

Aquel buen corazón se manifestó de la manera más conmovedora en el acto de devolver la libertad á los soldados del regimiento de Chateauvieux, del Vaudois, decretada por la Asamblea. Era una mancha infamante para el honor de la nación el que se constituyera en carcelera y verdugo por la tiranía de los suizos, que se encargara de custodiar en las galeras á cuarenta infortunados franceses, de un país francés por el corazón y el idioma, bajo el yugo alemán.

Recuérdese aquel proceso feroz de los oficiales suizos en Nancy, que condenaron á muerte, enrobaron ó ahorcaron á los soldados que, habiéndose refugiado en cierto modo en el hogar de Francia, reclamaban, como de derecho, la ejecución de las leyes de la Asamblea; por gracia singular no fueron ahorcados cuarenta, y se les llevó á Brest para que remasen en los barcos del rey. Este rigor no fué bastante. Con pretextos fútiles, por haber cantado el *Ça ira* ó por haber celebrado el 14 de Julio, los magníficos señores se apoderaban de sus súbditos en el Vaudois, y los encerraban en las cuevas del horrible castillo de Chillon, más bajas que el nivel del lago, con las ratas y las serpientes.

El 30 de Septiembre del 91, en el anfiteatro solemne que domina el lago y Lausanne, frente á la Saboya y toda la cadena de los Alpes, se constituyó un tribunal, donde se sentaron hinchados por la insolencia los diputados del Oso de Berna.

Allí, entre los insultos y las risotadas de los soldados, fueron á hacer penitencia pública los magistrados humillados del país de Vaud, de Lausanne, Vevay y Clarens, y recibieron con la cabeza baja las amenazas y los insultos. ¿Y por qué aquel rigor? Hay que decirlo: la verdadera razón es que los del Vaudois son franceses. Era una pequeña Francia, impotente y desarmada, á la que la insolencia alemana hacía que se arrodillase á sus pies.

Y quizás tenía razón para estar irritada. ¿Quién trabajó por la Revolución mejor que la Francia vaudesa? ¿No es de aquella población enérgica y sencilla, de aquellos lugares sublimes, de donde partió la

inspiración de Rousseau, aquel poderoso impulso del corazón que conmovió al mundo? ¡Ah! Aquellos lugares serán culpables siempre para los enemigos de la libertad!

Cuando la Asamblea rompió las cadenas de los soldados de Chateauvieux, hubo independientemente del vivo espíritu de partido un singular arranque de generosidad y de delicadeza en toda la nación para reparar mediante una acogida lo más afectuosa posible aquella gran culpa nacional. Los guardias nacionales de Brest hicieron exprofeso el viaje á pie hasta París para acompañar á las víctimas; y como al quitarles la casaca de galeotes les dieran sus propios trajes, por el camino todos parecían igualmente bretones. De las villas y aldeas salían á recibirlos; los hombres les daban apretones de manos, las mujeres los bendecían, los niños tocaban sus ropas. Por doquiera se les pedía perdón en nombre de Francia.

Este hecho nacional es sagrado. Debe conservarse siempre independiente de la violenta polémica que estalló con tal motivo, del furor elocuente de los Fuldenses, de las filípicas de Andrés Chenier, Rouchet y Duport de Nemours. Y por otra parte las declamaciones de Collot en favor de los soldados de Chateauvieux, del apresuramiento de Tallien y otros intrigantes en apoderarse del suceso é inclinar el buen corazón del pueblo en beneficio del espíritu de partido. Los Fuldenses consideraban el triunfo popular de los soldados de Chateauvieux como un insulto á los guardias nacionales muertos en la triste jornada de Nancy. Allí no había oposición entre unos y otros. Todos habían combatido por el orden ó la libertad. El regimiento de Chateauvieux, saqueado por oficiales que no se dignaban rendir cuentas, había invocado las leyes de Francia y tenía razón. Los guardias nacionales, legalmente intimidados por las municipalidades para que fuesen á combatir, fueron y combatieron; y tenían razón. Había que llorar á los unos y á los otros; así se reconoció noblemente en la fiesta que se celebró en honor de los soldados libertados: se llevaron dos féretros.

El imprudente furor de los Fuldenses fué verdaderamente reprochable. No fué culpa de Chenier y de Duport si entonces no hubo sangrientas colisiones en París. Por adelantado llenaron los periódicos de las más siniestras profecías; dijeron, repitieron, explicaron á los guardias nacionales de París que no pensaban en tal cosa, que el insulto iba dirigido á ellos. El Directorio de París, los Larochevoucauld, Talleyrand y otros, manifestó un miedo ridículo, malévolo, de aquella fiesta popular. Mucho mejor que ellos comprendió Petion que esos grandes movimientos no se pueden impedir; que vale más dejarlos que se produzcan y asociarse á ellos para regularizarlos. Únicamente prohibió, pero de una manera absoluta, que se llevasen armas; lo mismo picas que fusiles.

El 30 de Abril del 92, los soldados de Chateauvieux llegados de Brest á París, con sus bravos amigos los bretones, y un gran concurso